

Cuatro siglos de Presencia Judía en Chile

Günter Bohm

El estudio de la inmigración extranjera en Chile conviene enfocarlo mucho más desde un ángulo cualitativo que cuantitativo.

Es importante recordar que la inmigración europea en las Américas, entre los años 1840 y 1910, desembarcó principalmente en los países ubicados en las costas del Océano Atlántico, o sea, en el Hemisferio Norte, en los Estados Unidos de Norteamérica, en el Brasil y en la República Argentina, en el caso de los países de América Latina.

En comparación con estos territorios, Chile, en ningún momento, tuvo un torrente inmigratorio significativamente numeroso, debido tanto a la larga travesía, que a veces demoraba muchos meses y que ofrecía, además, muchas incomodidades y peligros —ya que exigía el paso por los estrechos de los mares del sur—, como al subido valor del pasaje, el que aumentaba en forma considerable cuando se trataba de arribar a este rincón del mundo. Por citar sólo un ejemplo, toda la inmigración alemana que más tarde colonizó la región del sur del país, principalmente en los años 1845 y 1860, no suma más que unos escasos miles de personas, los que equivalen al desembarco, de unas pocas semanas, en este mismo lapso, en los puertos norteamericanos.

Esto explica también el que la República Argentina, que hace 100 años, aproximadamente, tenía la misma cantidad de habitantes que Chile, pudiera aumentar su población tan considerablemente en unas pocas décadas.

Redujo, también, el flujo de emigración a Chile la barrera natural que constituye la Cordillera de los Andes, en los años previos a la construcción del ferrocarril transandino, tal como veremos más adelante, al referirnos a la inmigración judía desde la Argentina a Chile en las últimas décadas del siglo pasado.

La presencia de judíos o de judeo-conversos en Chile colonial está documentada desde 1535, año en que un pequeño ejército, al mando de don Diego de Almagro, se puso en marcha hacia Chile desde el Cuzco.

Por lo menos uno de los participantes en esta expedición, Rodrigo de Orgoños —hijo de un modesto zapatero de Oropesa—, era hijo de conversos y pereció en la batalla de las Salinas, combatiendo valientemente al lado de Almagro (Böhm, 1963, p. 18).

Se comprende que durante el período colonial el certificado de bautismo era un documento indispensable para embarcarse hacia el Nuevo Mundo. Los judíos que habían aceptado en forma voluntaria o forzosa el bautismo, antes y después de su expulsión de España, y, más adelante, desde el vecino Portugal, a fines del siglo XV, aparecían en la documentación oficial y eclesiástica como “cristianos nuevos”, a diferencia de los “cristianos viejos”, que podían demostrar que no contaban entre sus familiares más cercanos a ninguna persona de origen judío. Todas las denuncias, anónimas o de personas identificables, como también todos los procesos que afectaban a los problemas de la fe, eran celosamente guardados por los Tribunales del Santo Oficio de la Inquisición, tanto en la Península Ibérica como en las colonias de ultramar, lo que permitió conocer con absoluta certeza ya en aquella época, o durante los períodos posteriores, el origen de muchos personajes coloniales que intentaban ocultar su ascendencia judía, para así poder escalar altas posiciones, ya fuera en el plano social o en el plano profesional.

Fue precisamente uno de los conquistadores más destacados, entre los compañeros de don Pedro de Valdivia, quien logró ocultar en vida su ascendencia judía: nos referimos a don Diego García de Cáceres, amigo fiel y albacea testamentario del fundador de Santiago. Su origen judío se mencionó por primera vez en 1619, año cuando apareció un libro genealógico intitulado *LA OVANDINA*, en la ciudad de Lima, el que fue requisado por el Tribunal del Santo Oficio “por el grandísimo escándalo que ha causado en toda la ciudad”, pues daba a conocer el linaje de muchas familias importantes que estaban “tenidas y opinadas por confesas y no limpias en este reino”. Tuvieron que pasar tres siglos antes de que se descubriera la documentación original correspondiente a la información levantada en España en 1620, relacionada con don Diego de García y sus familiares más cercanos.

El Alguacil de la Catedral de Plasencia afirma que “[...] Diego García de Cáceres fue de esta ciudad de Plasencia al descubrimiento de Chile, donde fue Capitán, y cuando se fue de esta tierra no se decía “de Cáceres” como agora lo nombran, y que tiene por muy cierto era natural de esta ciudad, porque en ella le conoce muchos parientes [...] y ninguno de ellos es cristiano viejo ni limpio, sino todos descendientes de judíos y por tales habidos y tenidos en esta ciudad y comúnmente reputados [...]” LARRAÍN, p. 34 (BÖHM, 1963, p. 127).

No vamos a repetir los datos biográficos, bien conocidos, de este ilustre personaje; sólo mencionaremos que entre sus descendientes se cuentan don Diego Portales y don José Miguel Carrera.

Otro no menos ilustre conquistador y Gobernador del reino, don Francisco de Villagra, también tenía entre sus antepasados a una familiar judía —una de sus abuelas, llamada Isabel Mudarra—, lo cual, sin embargo, no le impidió cruzarse en la Orden de Santiago.

De estos pocos ejemplos mencionados puede desprenderse con qué facilidad los conversos de origen judío podían movilizarse en el Nuevo Mundo, por lo menos hasta 1570, año en que se estableció el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima.

En cuanto al Reino de Chile se refiere, las dificultades para desplazarse tanto hacia el territorio como dentro del mismo, y residir en sus ciudades, no constituía mayor problema, salvo algunas denuncias u órdenes de apresamiento que perseguían al recién llegado o residente en el país.

Así, tenemos el caso de un joven judío “portugués”, Luis Duarte, natural de Evora, Portugal, cuyo padre fue condenado por el Santo Oficio en 1597 cuando él apenas tenía 7 años. Luis Duarte, como muchos otros “portugueses”, o sea, descendientes de judíos portugueses o españoles que se habían refugiado en Portugal después de su expulsión de España, en 1492, partió para el Brasil, país donde su padre había sido desterrado por “judaizante”, y desde allí continuó, en 1607, su viaje a Buenos Aires, importante centro de “portugueses” de origen judío. Para despistar su origen, Luis Duarte cambió su apellido por el de Luis Noble, lo que no le salvó de una denuncia de cuatro personas que testificaron, ante el comisario de la Inquisición de Buenos Aires, “que habían conocido (a Luis Noble) en Brasil y que en el navío en que vinieron no le habían visto rezar ni rosarios y todos lo llamaban EL JUDÍO”. Por esta acusación, el joven Luis Noble tuvo que huir, primero al Tucumán, donde lo “volvieron a prender y le pusieron grillos y los limó y se volvió a huir (BÖHM, 1984, Vol. 2, p. 73) y más adelante, con ayuda de “portugueses” residentes en el Tucumán y en Potosí, al Perú. A los 17 años, en 1608, ingresó a la tropa que desde el Callao se envió de refuerzo a Chile. Tan pequeño fue el número de soldados que estaban dispuestos a viajar a Chile, que a pesar de los 200 pesos de enganche que se les pagaba antes de partir, apenas se podía juntar 240 hombres, algunos de ellos inútiles para el servicio militar, y otros, desterrados por la sala de crimen de Lima.

Se comprende, por lo tanto, que nadie pensaba en investigar a Luis Noble por su origen judío, y si actualmente conocemos sus antecedentes, sólo se debe al proceso a que fue sometido a su regreso desde Chile, donde quedó “herido de un brazo muy malo”, y donde, por no disponer de medios de subsistencia, cometió la torpeza de intentar robar una cruz

de plata de una Iglesia parroquial, al desembarcar en el puerto del Callao, en 1614.

Este ejemplo nos da cuenta de la facilidad con que los judíos conversos podían viajar por aquel período al Reino de Chile, sin que el comisario del Tribunal de la Inquisición en Santiago se molestara en averiguar su verdadero origen.

Esto explica, también, que el más destacado personaje de origen judío de Chile colonial, el cirujano Francisco Maldonado de Silva, fuera causante de su apresamiento en Chile, por el hecho de declararse abiertamente como judío al intentar convertir a sus propias hermanas, las que se habían criado como sinceras cristianas, a la religión de sus antepasados.

Francisco Maldonado de Silva fue hijo de un médico "portugués" y nació en 1592 en San Miguel de Tucumán. Cuando tenía 9 años presencié la detención de su padre y de su hermano mayor, en Córdoba, por orden del Comisario del Santo Oficio. Estos fueron llevados a Lima posteriormente, para ser juzgados allí por "judaiçantes". El padre recibió una condena relativamente benigna, al serle sus años de cárcel conmutados por una residencia forzosa en el Callao, por haber carencia allí de médicos competentes. Francisco Maldonado permaneció todavía con su madre y sus hermanos en la ciudad de Córdoba hasta la edad de 18 años, viviendo como "cristiano" y confesando y comulgando en los tiempos que mandaba la Iglesia, tal como lo declaró más adelante durante su proceso en Lima. A esta edad decidió visitar a su padre en el Perú, quien falleció en el Callao en 1611. El joven Maldonado de Silva aprovechó su estada en aquel país para estudiar medicina en la renombrada Universidad de San Marcos, e intentó resolver su conflicto interior, el cual significaba ser cristiano en apariencia y sentirse judío por sus lazos ancestrales. Los años que compartió junto a su padre le permitieron aclarar sus dudas con respecto de muchos de los problemas sobre su verdadera vocación religiosa, lo que, más adelante, lo llevó a declararse abiertamente como judío durante su permanencia en Chile.

Mientras tanto, en 1618, el Cabildo de Santiago buscó contratar un médico que se hiciera cargo del único hospital de la ciudad, el San Juan de Dios, ya que no había persona alguna en Chile que pudiera desempeñarse en estas funciones. En esta forma, el bachiller Francisco Maldonado de Silva pasaba a hacerse cargo de su nuevo puesto, a fines de 1619. Hemos podido ubicar el inventario de su instrumental médico y de su biblioteca científica, la que lamentablemente se perdió en el terremoto que arrasó a la antigua ciudad de Concepción en 1657, ubicada todavía a orillas del mar, en el lugar en que actualmente se encuentra Penco.

Es precisamente su biblioteca personal, la que trajo desde Lima, la que no sólo nos demuestra que Maldonado de Silva llegó a Chile con

los primeros textos médicos que se conocen en el país, sino también con libros de contenido religioso y filosófico, fuera de las últimas novedades literarias de la época. Entre los “ciento y tantos cuerpos de libros”, como se lee en el inventario de su biblioteca, elaborado en 1627, aparece un TESORO DE LA VERDADERA CIRUJÍA, una curiosidad como la VERDADERA MEDICINA, CIRUJÍA Y ASTROLOGÍA, y un texto que aparentemente ya debía servir mucho a un cirujano en el siglo XVII, intitulado CIEN ORACIONES FÚNEBRES. Sin embargo, lo que más llama la atención, en esta lista de libros mencionada, es un volumen de las COMEDIAS DE LOPE DE VEGA, indiscutiblemente el primer impreso de este famoso autor que haya llegado al Reino de Chile.

Maldonado de Silva debe haber gozado de mucha estimación en sus años de residencia en Santiago. Se desempeñó como médico personal del que fuera durante algún tiempo gobernador interino del Reino, don Cristóbal de la Cerda y Sotomayor, en cuya casa conoció a la joven Isabel de Otáñez, su futura esposa y madre de sus dos hijos.

A los 33 años, Francisco Maldonado de Silva confesó abiertamente su judaísmo, no a su esposa, sino a una de sus dos hermanas, a las que había traído a Santiago y a las cuales mantenía, siendo ambas devotas cristianas. Una de ellas comunicó a su confesor los pormenores de la conversación con su hermano, testificando en su contra, delante del comisario del Santo Oficio en Santiago, que “era judío y guardaba la ley de Moisés”. Francisco Maldonado, sospechando un inminente peligro, por una probable denuncia, y una orden de apresamiento, se había trasladado ya a Concepción, donde se desempeñó también como único médico en aquella ciudad. En abril de 1627 llegó finalmente la orden de arresto en su contra y la inmediata confiscación de todos sus bienes, lo que iba a dejar a su esposa e hijos en la más espantosa miseria. El bachiller Maldonado de Silva fue embarcado desde Valparaíso al Perú, lugar donde se dio comienzo, en ese mismo año, al juicio del Tribunal del Santo Oficio, que se había de prolongar por largos años. En Lima, Maldonado de Silva tuvo larguísimas discusiones con los más destacados teólogos de la Universidad de San Marcos y tanto en ellas como en unos escritos suyos en latín y español, entregados por él a los inquisidores, demostró su más cabal conocimiento de la Biblia para defender su posición de judío. En el Auto de la Fe, en enero de 1639, el más grande realizado en América del Sur, fue quemado vivo por “judaizante”, única víctima chilena que sufrió esta espantosa muerte durante el período colonial.

Cuenta un cronista, quien presencié este Auto de Fe, que en el momento cuando se terminaba de dar lectura a la condena de los acusados, “se levantó un viento tan recio, que afirman vecinos antiguos de esta ciudad no haber visto otro tan fuerte en muchos años. Rompió con toda

violencia la vela que hacía sombra al tablado, por la misma parte y lugar donde estaba este condenado, el cual, mirando al cielo, dijo: “Esto ha dispuesto así el Dios de Israel para verme cara a cara desde el cielo” (BÖHM, 1984, Vol. 1, p. 160).

Conocemos también otros casos que se remontan a aquel período, pero que no terminaron tan trágicamente. Estos nos muestran cómo judíos conversos pudieron integrarse en la sociedad colonial del Reino de Chile.

Gracias al abultado proceso que encontré en España, intitulado *El Fiscal de la Santa Inquisición contra León Gómez de Oliva, portugués* [...], podemos reconstruir la vida de un comerciante judío, cuyos padres y demás familiares fueron condenados por la Inquisición portuguesa, y quien, después de años de dificultades y aventuras, se estableció finalmente en Santiago, donde en 1669, casó con una joven cuyos familiares se habían opuesto en un comienzo, aunque sin éxito, al enlace por el hecho de saber que León Gómez era de la “nación”, término que se usaba para destacar el origen judío de un “portugués”. Años más tarde, León Gómez de Oliva, quien se había establecido con una tienda de ropa importada desde el vecino Perú, y en antecedentes de que dos antiguos amigos suyos, residentes en Buenos Aires, lo habían denunciado al comisario del Santo Oficio de esta ciudad por haber practicado ritos judaicos en años anteriores, tomó la precaución de autodenunciarse en Santiago y pedir clemencia al comisario del Tribunal del Santo Oficio en la misma localidad. Efectivamente, una carta de recomendación del comisario, más su confesión y su petición de clemencia, consiguieron, después de varios años de juicio en Lima, la autorización de regresar a Santiago, aunque con la confiscación de sus cuantiosos bienes. Su casa de residencia, en la calle Rosas con Amunátegui, y sus tiendas, en la calle Estado con Huérfanos, formaban parte del muy reducido comercio que se había establecido en las últimas décadas del siglo XVII, en ese sector céntrico de la actual calle Estado.

En 1697 una de sus hijas, doña María Josefa, casó con el capitán don José de la Barra, “hijo Lexitimo del maestro de campo, General don Pedro de la Barra y doña sizia Galeazo y Alfaro”, naturales de la “Ciudad de la concepcion”. Su larga descendencia tiene, por lo tanto, un tronco en común con el distinguido hombre público don Miguel de la Barra. León Gómez de Oliva, el que en los últimos años de su vida había hecho importantes donaciones a monasterios, a conventos y a diferentes iglesias de Santiago, no sólo llegó a ser elegido como Regidor, sino que también consiguió ser enterrado, como cristiano devoto que debió haber sido al final de su larga vida, en la “Iglecia de nra. Señora de la merced”, de Santiago (BÖHM, 1984, Vol. 2, p. 139).

A partir del momento en que nuestro país conquista su independencia, y luego de la abolición del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, termina esta primera parte de la inmigración de judíos a Chile. Ya no necesitan profesar la religión católica, quedando, por primera vez, abierta la entrada a inmigrantes judíos que no provienen de la Península Ibérica, o sea, de origen sefaradí. Tenemos antecedentes de que se establecen judíos europeos, principalmente franceses y alemanes, primero en Valparaíso, después en Santiago y otras zonas del país, a partir de 1840.

Lo que caracteriza esta nueva inmigración judía es el hecho de que sus miembros buscan su integración dentro de las organizaciones sociales de los grupos extranjeros europeos, residentes en Chile durante el siglo pasado. De ahí que figuren entre los fundadores y socios de diferentes clubes extranjeros, de instituciones de beneficencia o de colegios. Quisiéramos citar el caso de don Manuel de Lima y Sola, descendiente de una antigua familia sefardita residente en Curaçao, quien después de haber pasado un tiempo en Caracas y en Hamburgo —dedicado a actividades comerciales— llega a Valparaíso, en 1844, como socio de una firma importadora hamburguesa. Al fundarse en 1851 en Valparaíso el Cuerpo de Bomberos, De Lima aparece, junto a otros judíos residentes en este puerto, como uno de los socios fundadores de esta institución y participa por largos años activamente en ella. Igualmente figura como socio fundador del Colegio Alemán de esta ciudad. En 1853 forma la primera logia francmasónica chilena, la *Unión Fraternal*, en Valparaíso, siendo considerado por esta razón como fundador de la Masonería Chilena.

Otro inmigrante judío, Julio Bernstein, nacido en el reino de Prusia y abuelo del destacado diplomático chileno don Enrique Bernstein, inmigra a Chile en este mismo período y, gracias a su espíritu e iniciativa industrial, funda la primera Refinería de Azúcar del país, la de Viña del Mar.

Por estos mismos años encontramos en Santiago el primer médico judío, inmigrado a Chile, de origen húngaro, el doctor Pedro Herzl, quien se establece en la capital en 1846. Termina sus estudios en la Universidad de Viena y ejerce su profesión, por primera vez, en México. Esto explica que su tesis, para revalidar su título en la Universidad de Chile, en agosto de 1846, tratara de la HISTORIA DEL PINTO, ENFERMEDAD ENDÉMICA DEL CUTIS DE LA COSTA ORIENTAL DE MÉXICO. El doctor Herzl trabaja en un comienzo en el Dispensario Yungay, en Santiago, y se ofrece, en 1855, para dictar clases gratuitas de anatomía patológica en la Facultad de Medicina de la Universidad, de la cual fue aceptado como miembro cuatro años más tarde. En 1859 publica, por vez primera, en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD, un trabajo científico suyo.

Su casa fue lugar de reunión de muchos visitantes extranjeros que pasaron por Chile en estos años, los que mencionan, la estada en ella. Entre otros se cuenta al investigador austríaco Karl von Scherzer, quien, al publicar en 1857 sus experiencias de un viaje alrededor del mundo, lo menciona diciendo: “pasé una velada muy acogedora en la casa de mi compatriota austríaco doctor Herzl”. Algo semejante aparece en el Diario de Viajes del renombrado violinista húngaro de origen judío, Miska Hauser, quien dio numerosos recitales en Chile, en 1854. Al fallecer el doctor Herzl repentinamente, en 1882, el diario capitalino EL FERROCARRIL, publica una crónica especial en que consigna: “Tenemos el sentimiento de anunciar el fallecimiento del Dr. Pedro Herzl, uno de los miembros más distinguidos del cuerpo médico de Chile [...]” (3-VIII-1882).

El Dr. Herzl, quien había contraído enlace con una dama de la sociedad santiaguina, doña Irene Lecaros Valdés, dejó numerosos descendientes. Entre ellos está su bisnieto, el historiador y profesor don Jaime Eyzaguirre, quien hace años nos alentó a publicar nuestra primera investigación sobre la presencia de judíos en Chile Colonial, en el BOLETÍN DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA. (BÖHM, 1948).

Poco divulgada es la participación judía en la colonización alemana del sur del país. Citaremos algunos casos: El médico Francisco Kaskel, “Cirujano de 50 a 54 años, de religión hebrea”, —así lo menciona un compatriota suyo en su diario de viaje— desembarca en 1850 en Valdivia, junto a numerosos inmigrantes alemanes. Se desempeña, más adelante, como primer médico de los colonos alemanes en la zona de Puerto Montt, realizando posteriormente funciones de cirujano en el bergantín *Janequeo* de la Armada de Chile. Años más tarde, ocupa el mismo cargo en el barco de guerra *Esmeralda*, en el cual viaja, en 1868, al Callao a “traer los restos del señor Capitán General don Bernardo O’Higgins”, fallecido en el vecino país del Perú. También en otras pequeñas comunidades de colonos alemanes, como en la de la ciudad de La Unión, se establecen algunos judíos. Así, el primer boticario del pueblo, Moritz Levy, y los comerciantes Jacob y Heinrich Herzberg, residen en este lugar desde 1854, siendo cofundadores no sólo del Club Alemán, sino también del Cuerpo de Bomberos de esta ciudad (BÖHM, 1974, p. 360).

En la zona central, en Chillán, se establece, en 1854, Salomón Goldenberg, dueño del primer molino de esta región y de un almacén que cerró sus puertas hace algunos años.

Paralelamente al período de la *fiebre de oro*, en California, empezaron a ser explotadas las minas de oro, plata y cobre en la provincia de Atacama, y entre los extranjeros que afluían a la ciudad de Copiapó, encontramos a varios inmigrantes judíos, dedicados al negocio de las minas o al comercio de la zona, como son los casos de Adolfo Alexander

e Isidoro Calman, dueños de una mina de plata en el mineral de Tres Puntas, en 1852, y de David Levingston, quien se había establecido con una fundición de cobre en Caldera. También reside por algunos años en Copiapó el Dr. Germán Schwabe, médico judío, al que encontramos más adelante como cirujano de la Marina, contratado en 1864. En esta misma ciudad, dedicado al negocio de minas, figura, en 1862, Martín Levison Bloch, joven judío nacido en Copenhague, Dinamarca. Onces años más tarde, don José Joaquín Pérez, Presidente de la República de Chile, acepta con su firma, en el documento correspondiente, el nombramiento de Levison como Vicecónsul de su patria en Copiapó, siendo él, por lo tanto, la primera persona de origen judío en servicio diplomático extranjero en el país (BÖHM, 1974, p. 356).

Tanto en Valparaíso como en Santiago reside, alrededor de 1850, un número apreciable de inmigrantes judíos, representantes de casas exportadoras europeas. Muchos de ellos deciden radicarse definitivamente en Chile y establecer sus propias firmas comerciales. Así, Heyman Simon inaugura, en 1857, la Casa Francesa, la tienda más importante de moda femenina de su época, de la cual sobrevive actualmente sólo la Librairie Française, la que, en sus comienzos, no era más que una sección de la Casa Francesa de Santiago. Otro negocio, no menos famoso, es la Casa Seckel, que abrió sus puertas en Valparaíso en 1859. Sus dueños, judíos hamburgueses, transformaron la sucursal de Santiago, ubicada en la calle Estado, en la tienda más lujosa de Chile. Un ANUARIO ALEMÁN, publicado en 1890, describe en forma entusiasta su local, instalado en un edificio construido en 1788 por el arquitecto italiano Toesca y que había pertenecido durante muchos años a la familia Pinto Concha. Después de las ampliaciones correspondientes, llegó a ocupar esta tienda tres pisos con cinco mil doscientos metros cuadrados de superficie, ofreciendo al público santiaguino muebles, tapices, alfombras, lámparas, objetos de arte e instrumentos de música y dando impulso al desarrollo de una industria nacional que pudo complementar con éxito muchos de los artículos solicitados por la clientela de esta importante casa comercial (BÖHM, 1974, p. 348).

Otro negocio, fundado por judíos alemanes en 1863, la *Cordonería Alemana*, es la única que todavía sobrevive, aunque en forma mucho más reducida, de estos numerosos establecimientos comerciales fundados en el siglo XIX.

Nace también en el siglo pasado el primer judío que se recibe de médico en la Universidad de Chile, en 1898: el Dr. Mauricio Brockmann, quien más tarde desempeñara la cátedra de Patología Interna en la misma Universidad y, posteriormente, en 1907, la de Clínica Médica, en calidad de profesor extraordinario. Comisionado por el Supremo Gobierno para estudiar en Europa la organización de los hospitales de niños,

pudo asesorar, en 1899, durante una grave epidemia de sarampión, la instalación del primer hospital de niños de la capital, el cual funcionó gracias a la ayuda financiera prestada por don Manuel Arriarán. También figura el Dr. Mauricio Brockmann como uno de los fundadores de la Clínica Alemana en Santiago. Al fallecer en 1933, dejó más de 27 trabajos científicos publicados y un manual de la cátedra de Patología Médica, editado por sus alumnos, en 1917.

La historia de la presencia de inmigrantes judíos centroeuropeos en Chile, durante el siglo XIX, y de la cual hemos esbozado en esta ocasión algunos casos, concluye a fines del siglo pasado. No se conoce ningún intento, por parte de ellos, de organizarse en alguna institución religiosa y sabemos que la casi totalidad de los jóvenes judíos establecidos en Chile en esta época contrajo matrimonio con damas chilenas o extranjeras cristianas, lo que en muchos casos significó también su propia conversión a esta religión.

* * *

Una nueva inmigración judía, que finalmente asienta las bases de la colectividad judía actual, comienza a fines del siglo XIX. Sus componentes provienen principalmente de la antigua Rusia zarista, cuya política antisemita termina en numerosos "progrom" sangrientos e imposibilita a muchos judíos continuar viviendo en sus antiguos hogares. Curiosamente, en lo que a Chile se refiere, tenemos los primeros antecedentes de estos nuevos inmigrantes en la zona sur del país.

Precisamente, a la parte más austral de Chile, a la Patagonia, llega, en 1874, Elías Braun con su familia, pobres inmigrantes judíos. El y los suyos iban a transformarse, con el tiempo, en una de las familias más destacadas de aquella región y cuya historia ya pertenece a la historia local de la Patagonia.

En otra parte del sur que por aquellos años comenzaba a ser poblada, en la llamada Araucanía, se establecen también algunos inmigrantes provenientes de la Rusia zarista. Pocos años después de la fundación de la ciudad de Traiguén, dos judíos abren una tienda, en 1881, con el nombre de Depósito Ruso, y hasta en los poblados más insignificantes de aquella región residen algunos inmigrantes en aquellos años (BÖHM, 1974, p. 361).

De los demás inmigrantes judíos que hacia fines del siglo pasado residen ya en Santiago y en la zona de Valparaíso, tenemos pocas informaciones. Uno de los pocos de los cuales conocemos mayores antecedentes es un obrero metalúrgico, José Robinovich, quien se establece en 1883 con un taller mecánico, para el cual contrata más adelante a un joven, su futuro yerno, don Salomón Sack.

En 1903, se abre en Santiago uno de los primeros negocios pertenecientes a estos nuevos inmigrantes, *La Casa Rusa*. En 1906 residen en Santiago alrededor de 20 a 30 familias judías que viven en un mismo barrio de la capital, principalmente en el sector adyacente a la calle San Diego. Tres años más tarde, el 8 de agosto de 1909, 87 personas firman el acta de fundación de la primera institución judía del país, la llamada Sociedad La Unión Israelita de Chile, cuyos estatutos fueron aprobados por un decreto firmado por don Pedro Montt, Presidente de Chile, cuatro meses más tarde. Ninguno de los judíos centroeuropeos que se habían establecido con anterioridad en Santiago figura entre los firmantes del documento mencionado, ya que ellos, como lo habíamos indicado, se habían integrado a las instituciones respectivas de sus países de origen y, fundamentalmente, no habían llegado a Chile como refugiados, debido a lo cual podían regresar a su patria en cualquier momento.

Las dificultades que tuvieron que enfrentar los nuevos inmigrantes eran bastante considerables. No sólo el desconocimiento del idioma los perjudicaba, sino también la imagen que del judío tenía el hombre de la calle a comienzos de este siglo. A su vez, la necesidad de organizarse como grupo religioso, la compra de un terreno para enterrar a sus deudos, la inmediata ayuda a los inmigrantes recién llegados, a los enfermos y ancianos que no se atrevían a solicitarla a instituciones cristianas de beneficencia, exigió a todos el máximo espíritu de colaboración y de solidaridad, desempeñándose en todos los oficios posibles, tanto manuales como comerciales.

Otro grupo de inmigrantes judíos llega a Chile durante los años de la Primera Guerra Mundial, principalmente de la actual Yugoslavia, de Grecia y de Turquía. Ellos, de origen español o sefardita, hablando su antiguo español o *ladino*, se ubican, en un comienzo, en la región de Temuco. Por tener costumbres e idioma diferentes al grupo ya establecido en la capital, no se integran, al principio, a ninguna de sus organizaciones.

Hacia 1930, la población judía de Chile ascendía, aproximadamente, a 3.700 almas, dentro de los 4.267.000 habitantes con que contaba el país.

Por aquellos años, un grupo de jóvenes judíos ya había egresado de la Universidad de Chile, como, por ejemplo, el futuro senador de la república, don Angel Faivovich, el cual ocupaba un cargo docente en la Escuela de Derecho.

Otro abogado, quien en 1921 fuese elegido presidente de la Federación de Estudiantes, don Daniel Schweitzer Speisky, gran amigo de don Arturo Alessandri, fue designado, en 1932, secretario de la presidencia, al ser aquél elegido Presidente de la República. Más tarde, pasó Schweitzer a desempeñarse en el Consejo de Defensa Fiscal. Junto a su herma-

no Miguel, a don Carlos Vicuña Fuentes y a otro abogado judío, don Abraham Drapkin, especialista en derecho penal, estableció su estudio profesional. Daniel Schweitzer alcanzó a ocupar numerosos cargos oficiales, en especial durante los años en que representó a nuestro país en las Naciones Unidas, alcanzando a presidir el Consejo de Seguridad en aquella institución y a ser nombrado, finalmente, como Embajador de Chile en las Naciones Unidas. Su hermano, don Miguel Schweitzer, profesor emérito de la Universidad de Chile, llegó a ocupar la posición de ministro de Justicia y, actualmente, integra la Junta Directiva de la Universidad de Chile.

De los numerosos amigos y colegas judíos de don Daniel Schweitzer, quisiéramos recordar, por lo menos, a dos: a don Israel Drapkin, criminologista de fama internacional, y a don Benjamín Cohen, nacido en Concepción en 1896. Este último no sólo fue un brillante periodista de EL MERCURIO y gran amigo de don Rafael Maluenda, sino que también sirvió durante cuarenta años en el servicio diplomático de Chile, tanto como director del departamento diplomático de la Cancillería como embajador de nuestro país en Bolivia durante la presidencia de don Pedro Aguirre Cerda y, finalmente, como consejero del Secretario General adjunto de las Naciones Unidas.

El primer científico judío que inmigró a Chile, después de la Primera Guerra Mundial, fue el endocrinólogo de fama mundial, profesor Alejandro Lipschütz, a quien la Universidad de Concepción solicitó, en 1926, organizar el Instituto de Fisiología de su nueva Facultad de Medicina.

Durante su larga vida no sólo publicó gran número de trabajos científicos de su especialidad, sino que también se interesó por la antropología americana. También en esta materia dio a conocer varias investigaciones, siendo designado por el gobierno como jefe de la misión chilena para el estudio del indio fueguino en el extremo más meridional del Hemisferio Sur. En 1969, en reconocimiento de su larga vida dedicada a la investigación, recibió el Premio Nacional de Ciencias.

Asimismo, por aquellos años, empezó su brillante carrera científica el Dr. Abraham Horowitz, siendo, en primer lugar, vicedirector del Servicio Nacional de Salud y, luego, por un período de 18 años, Director de la Organización Panamericana de la Salud.

Pero no todos los inmigrantes judíos se han dedicado al estudio de las ciencias y de las leyes. Uno de ellos, cuyos padres habían llegado desde Grecia para establecerse, en principio, en Valparaíso, era, en los años de 1930, un brillante alumno del Conservatorio Nacional de Música, y fue contratado, a los 17 años, para la orquesta del conjunto de Opera Rusa traído a Chile por el célebre Coronel de Básil. Este joven, Víctor Tevah, primer concertino de la Orquesta Sinfónica de Chile, encontró

más adelante su verdadera vocación al estudiar dirección de orquesta con las más célebres batutas del mundo. Su larga y ascendente trayectoria como director e intérprete, tanto de compositores extranjeros como nacionales, le valió el reconocimiento del país en 1980, al serle otorgado el Premio Nacional de Arte, y a su nombre y prestigio pueden añadirse los de otros músicos destacados, como el violinista Stefan Terz, el violoncelista Hans Loewe, el pianista Rudy Lehmann.

Las persecuciones a los judíos, primero en Alemania y después en Austria y Checoslovaquia, durante el régimen nazi, producen una nueva inmigración al país, a partir de 1933, la que termina en forma brusca pocos meses después de estallar la guerra, en septiembre de 1939. Al finalizar la conflagración, en 1947, nuevamente entra a Chile un número más reducido de refugiados judíos, sobrevivientes en su mayoría de los campos de concentración, de los cuales fueron liberados por las tropas aliadas.

Se caracteriza esta inmigración por el gran número de profesionales que buscaron refugio en Chile, muchos de los cuales pudieron continuar desempeñándose en el campo de su especialización, tanto en las actividades productoras como en las actividades artísticas y científicas.

El número de industrias fundadas en Chile por inmigrantes, antes de 1933, era reducido. Existía, por citar un ejemplo, desde 1932, la primera fábrica de baquelita y plástico, SHYF, iniciada por judíos húngaros. Las empresas que empezaron a funcionar en los años posteriores no se limitaron a un solo rubro. Por el contrario, se diversificaron, extendiéndose al ramo textil, como las industrias Pollak; a la confección, como Burger y Calderón; a la línea blanca blanca, como Somela; a la metalurgia, como Marmicoc; a la alimentación, como Klaber, Wasil, y otras.

En forma ocasional, también participaron algunos inmigrantes en las actividades mineras del país, en las cuales ya habían figurado con anterioridad, los hermanos Sally y Mauricio Hochschild.

Entre los pintores que inmigraron a Chile poco antes de la última guerra, recordemos a Francisco Otta y a Kurt Herdan. Este último llegó a ocupar, hasta hace poco tiempo, el cargo de decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Otro refugiado, quien emigró primero desde Polonia, su país natal, a España, para radicarse posteriormente en Chile, Mauricio Amster, dedicó gran parte de su vida a la enseñanza de las artes gráficas, en combinación con su destacada actividad en la Editorial Universitaria.

También en el campo de la ciencia muchos de los inmigrantes alcanzaron a sobresalir dentro de sus especialidades respectivas. Citaré sólo el caso de la Dra. Grete Mostny, destacada antropóloga y arqueóloga, la que recientemente jubiló en su cargo de conservadora del Museo Nacional de Historia Natural, después de 15 años de fructífera labor.

Entre los años 1940 y 1960, numerosos jóvenes judíos nacidos en Chile, en su mayoría hijos de los refugiados de la Rusia zarista, emergen a la vida nacional. En Concepción es elegido, por dos períodos consecutivos, el abogado David Stitchkin como rector de la Universidad penquista. Un colega suyo, Jacobo Schaulsohn, llega a ser presidente de la Cámara de Diputados. Otros abogados judíos comienzan también a adquirir gran prestigio como juristas. Son los casos de Abraham Meersohn, actualmente integrante de la Corte Suprema, Marcos Libedinsky, de la Corte de Apelaciones, y Mauricio Flishfish, presidente del Consejo de Defensa del Estado. El abogado más joven entre ellos, Santiago Benadava, entra al servicio diplomático, y ocupa actualmente el tan importante puesto de embajador permanente de Chile ante la Santa Sede.

Quisiéramos mencionar también a dos instituciones fundadas y mantenidas por la colectividad judía, que realizan una labor silenciosa, aunque no menos meritoria. En primer lugar, el Policlínico Israelita, ubicado hace varios decenios en un barrio popular de la capital, y la Bomba Israel, en Ñuñoa, único cuerpo de bomberos judíos fuera del Estado de Israel. Uno de sus integrantes, Octavio Hinzpeter, ocupa en este momento el cargo de presidente de la Junta Nacional de Cuerpos de Bomberos de Chile. Poco conocido es el hecho de que ya en 1933, otro judío, nacido en Alemania, Alberto Mansfeld, fuera elegido vicesuperintendente del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Tampoco quisiéramos dejar de recordar, en esta oportunidad, a un joven judío de origen francés, Emilio Grunewald, quien figura en la larga lista de mártires de esta institución. Su retrato se encuentra en el salón de honor de la Dirección General del Cuerpo de Bomberos, en la calle Santo Domingo.

Entre las diversas actividades en las que se destacan chilenos de origen judío en muchos casos ya nietos y bisnietos de inmigrantes cabe añadir las concernientes al teatro y a la televisión, que cuentan con actrices como Virginia Fischer, Anita Klesky y Jael Unger; actores como Alejandro Cohen y Nissim Sharim; el mimo Alejandro Jodorowsky; el productor Sergio Riesenbergl y el personaje más popular de la televisión, "Don Francisco", Mario Kreutzberger.

Han pasado cien años desde que los primeros inmigrantes, que después asentaron las bases para la actual colectividad israelita, llegaron a Chile. Nuestro país, siempre abierto y tolerante para los extranjeros, acogió también a estos refugiados judíos y les permitió integrarse plenamente en todas las tareas de la vida nacional.

Así lo reconoció uno de ellos, Salomón Sack, al constituirse el Consejo de la Fundación que lleva su nombre, y cuya donación se considera como una de las más cuantiosas que haya recibido un plantel educacional chileno —en este caso la Universidad de Chile— en vida de su benefactor.

En esta oportunidad, al finalizar su discurso, este inmigrante, expresó: “Cumpló con un deber de gratitud para con este país que constituye hoy mi patria de adopción, al amparo de cuyas instituciones genuinamente democráticas, he formado cuanto se aprecia y se quiere en la vida [...]”, a lo cual se podría agregar todavía —expresando el sentir de todos los inmigrantes judíos que buscaron refugio en Chile— que nuestro país ha sido para ellos en verdad “el asilo contra la opresión”.

ABSTRACT

Prof. Böhm traces the migratory flow of Jews into Chile from the time of the Spanish conquest. The author then takes some particular cases insofar as they permit an appreciation of social characteristics through different historical periods and which significantly contributed to the making of the national mind. His historical observations are supported by a synoptic view of a number of persons of Jewish descent who have held important positions and fulfilled diverse functions in this southernmost country.

BIBLIOGRAFÍA

- BÖHM, Günter, *Los Judíos en Chile Durante la Colonia*. Boletín de la Academia Chilena de Historia. Santiago, N° 38, 1948, pp. 20-100.
- BÖHM, Günter, *Nuevos Antecedentes para una Historia de los Judíos en Chile*. Ed. Universitaria, Santiago, 1963.
- BÖHM, Günter, *Judíos en Chile Durante el Siglo XIX*. En *Comunidades Judías de Latinoamérica*. Oficina Sudamericana del Comité Judío Americano. Instituto de Relaciones Humanas. Buenos Aires, 1974, pp. 330-366.
- BÖHM, Günter, *Documentos relacionados con la Primera Comunidad Judía en Chile*. *Michael*. [Tel Aviv], N° 8, Universidad de Tel Aviv. Tel Aviv, 1983.
- BÖHM, Günter, *Historia de los Judíos en Chile. Período Colonial. Judíos y Judeo-Convertos en Chile Colonial. Durante los Siglos XVI y XVII*, 1984 (en prensa, la numeración de págs. corresponde al original).
- LARRAÍN DE CASTRO, Carlos J., *Los Judíos en Chile Colonial*. *Judaica*, [Buenos Aires], N° 133-34, 1944, pp. 27-36.